

## Cristina, la mujer de las manos mágicas

Por Dayneris Mesa Padrón



Los payasos de Cristina son los más hermosos del mundo. No cantan, ni bailan, ni siquiera abren y cierran los ojos, como lo hacen casi todos los juguetes hoy día. No son sofisticados; no llevan etiquetas; ni sus marcas son las de los cientos de manos anónimas que inundan las fábricas, esas fábricas de juguetes.

Los payasos de Cristina son personalizados, llevan en sus rostros la dulzura de esos ojos de abuela de caramelo que los hizo, y despiertan y anohecen acompañando los sueños de los niños y las niñas que se los ganan.

Comenzaron a nacer una mañana, cuando ella, la costurera remendona de un barrio de Pinar del Río, no sabía qué hacer con tantos recortes de tela. Y de su propio contexto salieron las ideas.

En su casa, casi por tradición, se cuida a infantes como una alternativa de trabajo no estatal, aun cuando no estaba legitimado o diversificado como se halla encuentra en estos momentos.

Las carencias de medios para entretener y enseñar, igual que en muchos hogares y círculos infantiles del Estado, le encendieron el bombillo a Cristina.

Comenzó entonces probando, experimentando y sometiendo los productos nacientes a pruebas de estética, valor y consumo, con el público más idóneo: los pequeños y pequeñas que pasaban el día en su hogar.

Recortó por aquí, pegó por allá, buscó opciones que no representaran peligro para los bebés, usó rellenos lavables, consiguió tejidos que acumularan menos polvo..., hasta que, más o menos, descubrió la fórmula perfecta.

Y así la costurera remendona del barrio pasó a ser la artesana, la juguetera, la creadora de payasos, la constructora de ilusiones infantiles, la maga que saca payasos de sus manos.

Desde entonces, han venido de los cinco continentes a buscar estas excéntricas figuras. Quienes las ven sucumben ante los encantos de semejante muñeco de trapo y no pueden regresar a sus casas sin llevar uno en la maleta. Para los hijos, las sobrinas, los nietos o alguna vecina querida de lejanas tierras.

De boca en boca corren las palabras de halago para la inventora. Así las fotos, o alguna pequeña muestra. Y hasta hay quien los compra (al modesto precio que les impone Cristina) para luego ofrecerlos, en escenarios de mayor demanda de productos artesanales, por el doble o el triple de su costo inicial.

La hacedora lo sabe. Pero una vez que el payaso es comprado, ya no le pertenece. "Saldo esas deudas regalándolos a quienes sus padres no se los pueden comprar -comenta-. O los llevo a los círculos infantiles; o me aparezco en un cumpleaños y se los obsequio a los presentes".

Así es Cristina, sin alardes de altruismo o especulación de samaritana. "Mi trabajo sale de mis manos y lo valoro tanto que, por eso, a veces el mejor pago no está en unos billetes", dice esta pinareña.

De 2010 a la fecha no sabe cuántos muñecos ha hecho, cuántos ha vendido, regalado y cuántos le faltan por realizar. Sí advierte que su labor como artífice de los payasos de trapo, maromeros, multicolores y expresivos (aunque no muevan los ojos ni abran la boca intentando hablar) es una solución que llegó para quedarse.

Disponible en: <http://www.mujeres.redsemilac-cuba.net/historias-cotidianas/item/196-cristina-mujer-manos-m%C3%A1gicas.html>